



## LA COLUMNA Y EL FUNDAMENTO DE LA VERDAD

Pavel Florenski



PAVEL FLORENSKI, *La columna y el fundamento de la verdad*, traducción de Francisco José López Sáez, Sígueme, Salamanca, 2010, 704 pp. ISBN 978-84-301-1728-4.

**L**A *columna y el fundamento de la verdad* es una obra inclasificable, como lo es su autor, Pavel Florenski. Matemático, científico, sacerdote ortodoxo, padre de cinco hijos, filósofo, teólogo... Ha sido llamado el Leonardo de la cultura rusa y mucho tiene este pensador ruso de hombre renacentista: su mirada amorosa sobre lo humano, su cultura enciclopédica y el ánimo de quien sabe lo maravilloso que puede resultar el mundo para quien saber mirarlo y para quien es consciente de que, sea donde sea, al final la verdad resplandecerá en su propia belleza. Fue condenado por el régimen de Stalin y estuvo cinco años en el Gulag, hasta que en 1937 le condenaron a muerte. Es estremecedor su testimonio durante sus años de presidio —recogido en las cartas que enviaba a sus hijos y familiares, traducidas al castellano en 2005— y resulta, pese a la tragedia, hermoso poder seguir contemplando, al cabo de los años, su calidad moral incluso en el momento en que más peligraba su vida.

Pese al atractivo de su figura, es necesario que el lector contemporáneo sacuda algunos de sus prejuicios antes de adentrarse en las densas páginas de este libro, que es el resultado de una período de intensa investigación. Varios fenómenos actuales nos obligan a ponerle sobre aviso. Si aceptáramos la secularización del mundo de hoy, es menester subrayar que este ensayo es profundamente teológico y que significativamente se opone a todo intento de independizar la realidad temporal de la sobrenatural, la fe de la razón, aunque no obvia sus diferencias. Este es su punto de partida, pero también el de llegada. Florenski, en su momento, hablaba del mundo como un templo vacío, ajeno al misterio, descreído. Cuánto más hoy. Por otro lado, la lectura de este voluminoso ensayo exige algo más que comprensión: aprovecharlo como merece obliga a realizar un esfuerzo intelectual y adentrarse, aunque sea de forma somera, en terrenos disciplinares que pueden sernos extraños (las matemáticas, por ejemplo, el arte oriental, la física y la lógica, entre otros). No es de extrañar que el texto principal —un conjunto de cartas— se haya acompañado de un complejísimo aparato de notas y que el propio Florenski considerara oportuno incluir una segunda parte con el fin de explicar más en detalle algunos asuntos concretos de una mayor complejidad (teoría del infinito, los irracionales, la naturaleza del tiempo).

Si atendemos, en cualquier caso, a la parte más significativa de la obra, hemos de señalar que se trata de una recopilación epistolar que Florenski dirige a sus amigos más íntimos. De ahí que se permita la licencia de incluir en numerosas ocasiones su propia experiencia —muy expresiva, al respecto, es la que dedica a describir su vivencia del pecado— y que utilice la segunda persona. Son cartas, pues, rezuman las cosas que ha vivido. Con independencia de que sea o no un efecto querido por el autor, lo cierto es que el uso de la segunda persona hace nacer una atmósfera amistosa entre autor y lector, propicia para la confidencia. No es



de extrañar que el lector occidental se sienta arrastrado hacia un mundo espiritual que, como el ortodoxo, en ocasiones nos puede parecer ajeno. Florenski que, con posterioridad a esta obra matizó su juicio sobre el catolicismo, al menos en estas páginas es duro con lo que considera que son tergiversaciones del mensaje original de Cristo y denuncia la conformación católica del dogma (por demasiado canónica y rígida) y la protestante (por su cientificismo), mientras que la forma eclesial que se ha conservado en la ortodoxia es la que sigue originalmente el testimonio de Cristo y de los Padres. Particularmente, creo que es muy interesante subrayar esta contraposición entre la concepción ortodoxa y la occidental, en la medida en que el conocimiento de la cultura rusa puede servir para revitalizar y ampliar nuestro propio enfoque cultural, demasiado afín a lo instrumental. Desde esta perspectiva, es especialmente interesante la lectura estética de de Florenski.

Toda una declaración de intenciones es el exergo de *La columna de la verdad*: “El fin del amor es que dos se hagan uno”. Y es una declaración de intenciones en la medida en que esa frase compendia la visión filosófica y teológica del pensador ruso. Porque su vocación intelectual fue, según confesión propia, la de superar toda dualidad. Así, a su juicio, se enfrentan dos realidades o mundos: el mundo temporal, sensible, fugaz, sometido a la perentoriedad y la contingencia; y el mundo de la Verdad, el ámbito de lo sobrenatural. Pero esta contraposición atraviesa la fibra de toda vida —podríamos decir, también, de su vida—, pues también el yo se contrapone al tú, la carne al espíritu, la virtud al pecado. La idea que late tras este primer planteamiento es que es necesario superar estas contradicciones en la unión integradora de lo Absoluto. Es fácil recordar a este respecto y aludir a Nicolás de Cusa, en cuyo planteamiento sobre la *coincidentia oppositorum* se revela la convergencia de la facticidad con lo absoluto. Pero Florenski, que también ha reflexionado sobre la naturaleza del conocimiento, trae a colación sin embargo la distinción entre razón y entendimiento, que recuerda más a Hegel. De esa forma, para el pensador ruso, el entendimiento se revela como una alta capacidad intelectual, pero su misión es la de separar, la de distinguir (sobre la base del principio de identidad y el de no contradicción). La razón, sin embargo, es una capacidad más alta en la medida en que integra y no diferencia. Así que mientras el entendimiento se puede resolver en criterios de unidad, no puede, por su esencia, penetrar en el complejo entramado de la vida, por mucho que pondere la regularidad fenoménica, es decir, externa, superficial, de la misma.

Pero ¿qué es la vida? Por su propia naturaleza, la vida no puede ser sometida a ningún intento de definición, competencia del entendimiento. La vida es algo que no se deja apresarse en categorías y que se refiere, sobre todo, a una inconmensurabilidad compleja, también contradictoria. Es menester entonces, según Florenski, no capitular ante los embates del entendimiento y sortear cualquiera de sus hipóstasis, reivindicando el uso de esa facultad más alta y amplia que es la razón. La ortodoxia es aquella confesión cristiana que se ha percatado del carácter insondable de la vida —de la complejidad de lo sagrado, pudiera decirse— y que renuncia a apresarlo categorialmente; por su parte, tanto el catolicismo como el protestantismo han renunciado a la totalidad de la vida y han sustituido la razón por el entendimiento. Han vendido, en definitiva, su primogenitura por un plato de lentejas.

Por todas estas consideraciones, *La columna de la verdad* merecería ocupar un puesto en cualquier investigación contemporánea sobre teoría del conocimiento, aunque uno tiende a sospechar que desgraciadamente hoy en día nos mostramos más proclives a las diferenciaciones analíticas que a las disquisiciones dialécticas, al menos en el ámbito universitario. Porque estaremos de



acuerdo en reconocer que hemos perdido el misterio. Es tal vez el fondo inefable de estos textos —¿de qué otro modo podría uno describir lo que no puede ser conceptualizado?— lo que sin duda harán de ellos materiales no aptos para el científico. Pero es coherente este planteamiento apofático con la intensidad simbólica que Florenski quiso ofrecer en sus libros. En este dualismo originario, en el que se sustenta la dinámica de lo real, en la contraposición intrínseca a la vida, todo fenómeno es símbolo de algo que está más allá de él, pero a quien señala. Evidentemente, en la perspectiva sobrenatural y cristiana que adopta Florenski, lo real remite, en resumidas cuentas, a lo absoluto mismo y esplende en lo cotidiano un hálito de la belleza misma. Quizá tal vez fuera esto lo que le permitió ser conducido a la muerte con la confianza de quien saber encontrar en la tragedia, incluso en la personal, una jugada del misterio.

En conclusión: Florenski propone un cambio radical en la concepción intelectual contemporánea. Sus nociones básicas son aquellas que pueden resultar escandalosas para nuestra semántica científicista: razón, misterio, contradicción, tragedia, espíritu... Pero si hubiera que señalar alguna categoría como centro especulativo sería, sin duda, la de belleza. En efecto, la razón, que es posible no por sí misma sino gracias a la posibilidad que le oferta su propio objeto de pensamiento, busca la belleza y persigue sus huellas más allá de lo fenoménico. En Florenski, la Belleza y la Verdad es Dios en su unidad tri-hipostática, como gusta decir. Pero precisamente, por razón de su propia naturaleza, la Belleza —y quien dice Belleza dice, también, Verdad, Dios— no puede ser objeto de demostración: a lo que el hombre puede aspirar es a mostrarla. Lo que en una concepción habitual se encontraría al final de todo esfuerzo intelectual, Florenski lo establece al principio. Para el pensador ruso, todo el camino umbroso de la vida, todo elemento fáctico —como símbolo de expresión de lo absoluto— ha de apoyarse en la columna de la Verdad. En las páginas conclusivas, nos dice qué entiende por la columna de la Verdad: es la Unidad Tri-hipostática, la Iglesia, pero también la amistad, la Sofía, el mundo de lo espiritual, la plenitud de la experiencia del misterio y de la belleza.

Estos son los temas fundamentales de este libro hermoso que constituye no sólo una experiencia intelectual, sino también estética. Es más, para quien mantiene la confianza en lo sobrenatural, para quien ha descubierto que, después de todo, es también posible el misterio, puede ser incluso un ejercicio religioso, una forma, en definitiva, de llenar el templo del mundo, por emplear la expresión del principio. Me gustaría destacar dos cosas sumamente significativas. En primer lugar, la recuperación de la vida mística. No me parece exagerado afirmar que ahí podría residir el futuro de la creencia religiosa, especialmente de la cristiana. ¿Qué podemos esperar aún de los esfuerzos ascéticos, cuando estos han terminado también secularizándose y transformarse en meros ejercicios de mejora personal? La relevancia que en el cristianismo ha tenido el ascetismo —sobre todo a raíz de la reforma—, explican en gran parte el reduccionismo ético de la fe religiosa. En la tradición de los padres del desierto —que ha definido con mayor fuerza al cristianismo ortodoxo, pero que es, por qué no decirlo, patrimonio universal—, el ascetismo, recuerda Florenski, no consistía, como vulgarmente se entiende, en una mera construcción del yo. La lucha ascética era más bien un ejercicio mistagógico que preparaba la transustanciación o metanoia redentora del hombre, un paso previo, por decirlo brevemente, a la verdadera experiencia mística. A este respecto, señala el pensador ruso que la ascesis no tiene por finalidad hacer al hombre bueno, sino bello. En segundo lugar, habría que destacar la reinterpretación ontológica de las realidades espirituales, pues para Florenski la belleza o el amor no resultan ser simplemente



manifestaciones biológicas o psicológicas, ni fantasmagorías de la razón. Su vida fue un testimonio lírico de que el encuentro con estas realidades sólo es posible si el hombre abandona el lenguaje del yo, si procede a un vaciamiento ético de su egoísmo, si sale de sí mismo y se entrega desinteresadamente a la verdad, al bien y a la belleza.

*José María Carabante*